LA VIBORITA

En cuanto llegué a Felipe Carrillo Puerto en la primera semana de 1959, me identifiqué con todo.

El pintoresco pueblito donde me convertí ---según los lugareños--- en el habitante número mil, en aquel entonces, tenía electricidad para la iluminación del parque, cortesía de Fernando Esquivel, desde el momento en que se ocultaba el sol, hasta las diez de la noche. Después del apagón, te deberías atener a tu buena suerte en caso de querer desplazarte, usando tu foco de mano y una varita, y esta varita se convertía en tu fiel compañera, a toda hora, por ser tu herramienta para defenderte de las víboras, oxkaan o cuatro narices, nauyaca, para otros lares. Tan venenosa y mortífera, pues su mordedura podría enviarte al más allá, en poco tiempo y con mil sufrimientos.

Mi vida, condicionada a la de mis papás, él de director y ella de subdirectora, quienes, un año antes, fundaron el Internado Indígena "Lázaro Cárdenas" y yo por ser el hijo de ellos, los alumnos me llamaban chan director. Algo así como el pequeño hijo del director.

Mi vida transcurría entre explorar y pasear. De noche, por ser insomne, me pasaba bastante tiempo en el parque, cotorreando el punto hasta el apagón de la luz. Ya por inercia siempre llevaba mi varita y mi foco de mano. En casa prendía una lámpara Coleman y me dedicaba a leer o a pintar a la acuarela, con un estuche con pastillas de cuarenta colores y pincel, bellamente colocados en una estuche de metal como soporte, de origen inglés, de muy buena clase. Pintaba sobre una cartulina de buena calidad, con hojas de papel de china para proteger los trabajos.

Mis amistades, para un adolescente de dieciséis años, eran el maestro de música, Pepe López, notable compositor guitarrista, a quien le encantaba darme clases y me tomaba parecer en los acordes cuando estaba escribiendo algunas partituras de arreglos para orquestas de Mérida Tocaba en el piano tres o cuatro acordes, y guiado por mi buen oído y gusto, le daba mi opinión o punto de vista. Chebo, un todólogo, me ayudaba a terminar mis inventos.

A los alumnos de mi edad, les cortaba el pelo o jugábamos Volibol. Siempre platicábamos de temas variados y muchos eran fanáticos de verme pintar, pues lo consideraban como algo fuera de lo normal, mágico. Les impresionaba ver mi habilidad para formar de una serie de manchas de distintos colores, un objeto, animal, paisaje o persona. Me ayudaba, el innato don de poder plasmar cualquier cosa.

En una de esas sesiones de pintura, rodeado por un grupo de jóvenes, salió una pregunta.

---¿Qué te gustaría más tener, chan director?---hubo expectación.

---Algo que la mayoría no pudiera obtener con facilidad---afirmó otro.

Sin pensarlo mucho, las palabras salieron con gran facilidad de mi boca.

---Una oxkaan pequeña, para tenerla en un frasco de vidrio, como los de las aceitunas--- exclamé muy seguro.

---¿Para qué? ---preguntó un tercero.

---Para llevarla en mi bolsa a todas partes y presumir de mi valor.

---¿Estás seguro, de que quieres tener una oxcán?, como la llamamos nosotros en maya, cuatro narices o nauyaca, le dicen ustedes. ¿Por qué en un frasco de cristal?---preguntó Pedro, el mayor de todos.

---Para poder observarla y que la vea todo mundo ---asentí.

---Pues mañana antes de la comida nos vemos en el parque, cerca del kiosko, para darte tu viborita.

---Ahí mero estaré.

Tarde y noche, muy nquieto, no me concentré. Quise pintar y sólo logré hacer puros manchones. Luego de dar de vuelcos en la hamaca, me quedé durmiendo, más de la cuenta porque de pronto descubrí a don Gonzalito hablando en maya con dos personas, de seguro sobre asuntos de la Procuraduría de Asuntos Indígenas. Pues aunque era su oficina, yo dormía ahí mientras se construían las recámaras de los directivos. Me levanté con cara de gallina con huevo quebrado y me fui a desayunar.

La mañana y el mediodía se quedaron estacionados, como si el reloj se hubiera detenido.

En cuanto dieron las doce me fui al parque y me encontré con tres de mis amigos, entre ellos Pedro, Petul cómo le decíamos de cariño.

---Lo prometido, chan director, aquí te traje tu viborita---sacó el frasco de vidrio con la oxkaan de unos quince centímetros de largo, encerrada---. Cuídate de no romper el frasco. Este animalito te puede morder.

---Estás medio loco, chan director, pero Dios siempre cuida de los locos---sentenció Miguel, el otro amigo, encargado de atrapar la vibora.

A partir de ese momento mi vida social cambió, pues era raro ver o conocer a una persona cargando una nauyaca en un frasco de frágil vidrio. Unos sintieron curiosidad. No faltó un loco como yo que quiso destapar el frasco, ventilado por tres agujeritos discretos en la tapa. Todo iba muy bien hasta cuando mi madre la vio.

---Te lo juro. No lo creí cuando me lo contaron. Nunca había pasado por mi mente el tener un hijo, tan loco como para andar paseando por todas partes con un reptil, cuya mordida suele ser mortal. Pero por desgracia es cierto. Mejor dámela.

---Te prometo ser muy cuidadoso; no tengo espíritu de suicida. Me animé a conseguirla para elevar mi autoestima y ganarme el respeto de alumnos y maestros. En unos días cuando me pase la calentura de la emoción nos desharemos de ella. Lo prometo.

Mi madre, conociéndome a la perfección, me abrazó.

---No me falles---dijo.

Fueron dos días de exhibirla y de presunción, y me olvidé de todo.

En la tarde fui a clase de música y dejé el frasco sobre la cornisa de la ventana. Luego de música, jugué volibol, y cuando oscureció me dirigi al parque y ya, medio cansado terminé a mi cuarto, el cual estaba conectado con el de mis papás, con una cortina divisoria, como puerta. Apagué la vela y me metí a la hamaca. Sentí inquietud y quise constatar si el frasco estaba lejos de la orilla, calculé mal y fue a dar al piso estrellándose.

Empecé a temblar tratando de poner en orden mis ideas. De mproviso mi pensamiento voló hacia mis padres, quienes podrían ser atacados. Después quise bajarme de la hamaca. “¿Y si me muerde?”. Por fin mi bonhomía ganó y bajé los pies. De inmediato sentí la herida en el dedo gordo derecho.

---¡Me mordió la víbora al caerse el frasco! ---grité--- ¡puede mordeles!

---¡Qué mordida ni que ocho cuartos! ---apareció mi madre con el foco de mano.

---¡Pero me mordió!

---Te cortaste ---explicó tras haberme revisado. ----Tu famosa viborita se la llevaron cuando te fuiste a tu clase de música.